

Todo comienza así, cuando solo tenía once años. Hasta esa edad, padecí una enfermedad llamada epilepsia. Me la descubrieron a los tres meses. Aunque hacía vida normal como cualquier otro niño, tenía una serie de limitaciones con las bebidas energéticas, la televisión, los videojuegos, etc., y todos en mi familia estaban más pendientes de mí de lo normal.

Para mí, esa enfermedad no era tan grave como podía ser. Cada dos meses tenía que hacerme pruebas médicas en el hospital de Granada, y para mí ir ahí era como irme de excursión. Madrugábamos un montón, y tardábamos unas dos horas y media largas en llegar, pues la carretera que había antes no es la de ahora. Sin embargo, a mí me gustaba ir, porque cuando terminaba del primer análisis de sangre íbamos a desayunar a aquella cafetería tan famosa, *Ramírez*.

Siempre iba con alguna de mis abuelas y mis padres, aunque allí nos esperaba un intérprete, puesto que mis padres son sordos; mi madre, de nacimiento, y mi padre, de una operación de cuerdas vocales que le hicieron con tan solo nueve años.

En el pueblo donde vivía, un pueblo de la costa de Granada llamado Calahonda, lo que más me gustaba era ir a pescar; y debo decir que mi infancia fue bastante buena, si no fuera porque los niños mayores, los más rebeldes, se metían conmigo por el hecho de tener a mis padres sordos; incluso se metían con mi madre en muchas ocasiones. Así que tuve que aprender a pelear desde pequeño. Recuerdo que había un niño de mi edad; él y yo crecimos juntos desde la guardería hasta el colegio, y nos peleábamos prácticamente todos los días.

Dado que mis padres eran sordos, como decía, íbamos casi todas las semanas a la Asociación de Sordos de Motril. Aquello era como un club social donde hacíamos actividades, excursiones, y aprendíamos lenguaje de signos desde niños. En aquel entonces, los sordos luchaban por una cadena de televisión en donde hubiera un intérprete que pudiera facilitarles la vida. Por eso, hacíamos excursiones por todas partes de Andalucía, hasta que a los pocos años apareció *Telesigno*.

El hecho de tener que traducir todo a tu madre —para ir al médico, para las notas del colegio, para cualquier asunto de la vida diaria—, te hacía madurar antes de lo normal. En mi familia somos cuatro hermanos, dos mujeres y dos varones; siendo yo el menor de ellos. A mis hermanos mayores, María y Alberto, no recuerdo haberlos visto prácticamente nunca. Crecí con mi hermana Carmen, la tercera de los cuatro. Según María

y Alberto, ellos cuidaron de nosotros hasta que empezaron el instituto; dado que mis padres no tenían para pagarles el autobús, tuvieron que marcharse a vivir con mi abuela materna.

En mi familia no es que abundara el dinero, más bien faltaba; pero nunca pasábamos hambre. Aunque es verdad que en muchas ocasiones comíamos en casa de la vecina; pero era porque mis padres trabajaban en el campo. Mi hermana Carmen y yo no les veíamos hasta el anochecer y, en cuanto a las tareas de casa, solamente teníamos que preparar la cena y sacar la basura.

Como parte de algunas otras dificultades por las que pasábamos, sucedía que usábamos la ropa prestada o pasada de un hermano a otro. Incluso mi tío, el hermano de mi padre, nos daba ropa a petición de mis padres. Se llamaba Antonio y, además de ser mi tío, también era mi padrino. Siempre fue un tipo muy serio, orgulloso de sí mismo, por ser lo que era: abogado, el abogado de la familia. Y es que mi familia siempre ha estado distante por motivos económicos, herencias, campos y demás; nunca hubo unión ni comunicación.

Crecimos así; yo ya estaba acostumbrado.

Lo mejor de aquella infancia, sin duda, eran los veranos, la playa y las amistades de temporada. Los bocadillos de mantequilla *Zas* con un *Cola-cao* para merendar. ¡Vaya, lo recuerdo como si fuera ayer! O cuando mi

madre nos llevaba a mi hermana y a mí a Motril a comprar tripas enteras de chorizo y morcilla; y las noches de verano tomando la fresca, sentados en la calle comiendo pipas y helados, charlando con los vecinos...

Aunque mi madre tenía el problema de audición, entendía perfectamente a todas las personas, pues les leía los labios. Debido al hecho de no escuchar, siempre nos regañaba para que no alzáramos la voz o tuviéramos el volumen de la televisión alto.

Mi padre, quizás más inculto, porque con tan solo nueve años tuvo que abandonar el colegio, era un hombre grande y robusto. Todo lo que tenía de tamaño, lo tenía de corazón. No tenía maldad alguna. Cuando yo tenía cinco años, sufrió un accidente. Él iba con una carretilla al campo, a trabajar, y un coche lo atropelló justo cuando estaba cruzando la carretera. El pobre se tiró nueve meses ingresado en Granada. Aún recuerdo cuando íbamos a verlo: las enfermeras siempre nos daban algo dulce de comer. Mi padre volvió a casa con la pierna atravesada con hierros y tornillos; con el tiempo se los quitaron, pero nunca se recuperó de la herida.

Más tarde, cuando tenía doce años y estaba en 8º de EGB, prácticamente finalizando el curso, recuerdo que venían personas de otros lugares para orientarnos acerca de nuestro futuro. Yo quería ser militar, lo tenía muy claro. Empecé a estudiar 1º de BUP, pero aquello no solo me resultaba difícil, sino también aburrido. Nos

pasábamos muchísimas mañanas jugando al fútbol en la sala de recreativos. Para mí, ese año significó disponer de la libertad que siempre quise tener, por el hecho de que teníamos que desplazarnos en autobús hasta Motril, la ciudad más cercana.

Cuando acabé el curso, me quedaron siete asignaturas, y mi madre me dijo:

—Niño, si no quieres estudiar, pues a trabajar.

Pero en aquel entonces, y con esa edad, aún no eres consciente, y ni siquiera sabes qué quieres ser de mayor. Así que terminé el verano y me llevaron a trabajar al campo, en el cortijo de mis abuelos maternos; dos personas criadas en el campo de toda la vida. Mi abuela, en la casa; y mi abuelo, un hombre sin límites, cuya pasión era el campo, supongo que por la época que vivió: la Segunda Guerra Mundial. Era el mayor de once hermanos. Muchos de ellos emigraron a Brasil y a Argentina. Al finalizar la guerra, la mayoría volvió de nuevo a España, a sus orígenes, aunque algunos se quedaron.

Pues bien, cuando acabó el verano, en septiembre, me llevaron a recoger almendras en unos barrancos que te caías con solo apoyar el pie. Aquello era un *rompepiernas*; además, había que andar un montón. Mi abuelo estaba acostumbrado, era su vida. Era la vida que quería. Para mi tío, en cambio, su idea de sacrificio era el dinero: trabajar y trabajar para tener más dinero. Mi madre

mandaba a mis hermanos con él para que se sacaran un dinero; y a mí con mi abuelo, en castigo por no querer estudiar. Recuerdo que mi abuela siempre nos daba escondidas pastelitos y batidos.

Una mañana, al despertarme temprano, se me ocurrió ingeniármelas para no ir a ese barranco a trabajar, así que me bebí un litro entero de batido de dos tragos, con la idea de que me doliera el estómago. Le dije a mi madre que no me encontraba bien, y que me dolía mucho. Ella me miró y me dijo:

—Tranquilo, hijo, que se te pasará. Vámonos, que andando se te pasa.

Pero yo insistí y le dije que no, que no quería ir, que me sentía mal. En ese momento mi abuelo me miró y le dijo a mi madre:

—Coge el palo ese y le arreas bien fuerte.

Mi madre no se lo pensó dos veces: cogió el palo y me hartó a golpes, hasta que en una de esas logré esquivarla y cogerle el palo. Lo lancé bien lejos y salí corriendo. Ya estaba harto de que me pegara de aquella manera, como si fuéramos animales. Salí corriendo por la montaña, y cuanto más corría más claro lo tenía: no quería volver nunca más a ese lugar, y nunca le perdonaría a mi abuelo esa forma de educar.

Cuando divisé a lo lejos el cortijo, y viendo que nadie me seguía, dejé de correr y empecé a caminar. Caminé unos 8 kilómetros hasta llegar a la carretera

nacional, allí vi un coche y le dije al conductor si podía acercarme hasta Calahonda. Cuando llegué a mi pueblo me recibió mi hermana Carmen. Sorprendida, me preguntó qué hacía allí; y cuando se lo conté, empezó a recriminarme. Entonces, cogí una mochila, dos calzoncillos, un pantalón y dos camisetas, y me marché caminando hasta el pueblo más cercano, Carchuna, donde vivía mi abuela paterna.

Le conté lo que me había pasado, y ella habló con mi hermano Alberto y mi hermana María, que en aquel entonces vivían en Barcelona y en Lleida, respectivamente; y ambos me ofrecieron su ayuda, invitándome a que me marchara con ellos. Entre ellos se pusieron de acuerdo para ver qué era lo mejor para mí y con quién me quedaba. Cuando todo estaba en marcha y sabía que me iba, mi abuela me empaquetó en cajas de cartón la ropa y algunos artículos personales.

Entonces llegó el día. Ella me acompañó hasta la estación de autobuses de Motril, y me sacó un billete para Barcelona. Eran doce horas de viaje en bus. Daba mucho qué pensar. Yo no estaba triste, simplemente no miraba atrás en mi camino.

Cuando llegué a la Estación del Norte de Barcelona, allí estaban mis hermanos esperándome con los brazos abiertos. Al final, decidieron que me fuera con mi hermana.

María se había casado y vivía en La Figuerosa, un pueblo a las afueras de Lleida. Ella era la sirvienta de

una familia catalana adinerada. Su marido era el chófer, y cuidaba a los animales y a los perros. Vivían en una casa dentro de la misma finca. Luego de pasar varios días con ellos, me di cuenta de que no era mi lugar. Mi hermana tenía problemas en su matrimonio, y ya mostraba indicios de que su cabeza no marchaba bien. Fue entonces cuando Alberto llamó un día y le comunicó a mi hermana que lo mejor era que me fuera con él a su casa. Era mi salvación: el comienzo de una nueva vida en Barcelona, en aquella ciudad de las oportunidades.

Mi hermano y su pareja vivían en Terrassa, a unos 30 kilómetros de la ciudad de Barcelona. Todo iba bien los primeros días: cenábamos juntos, y mi hermano me decía que me empezara a plantear mi vida, que buscara un trabajo y comenzara a estudiar. Ese mismo año había vuelto a estudiar Derecho en la Universidad de Barcelona, ya que quería ser abogado; y trabajaba como encargado de un bingo en Terrassa.

Junto a su pareja, nos pusimos a recorrer toda la rambla de Sabadell, a ver si encontrábamos trabajo para mí, pero no conseguí nada. Al final, esa misma tarde, fui a caminar por la rambla de Terrassa, y allí me metí en la cafetería y restaurante 303, donde por suerte me cogieron para trabajar el turno de noche, porque aún no tenía la mayoría de edad permitida para trabajar.

Sin duda, fue un paso importante para mí. Se trataba de mi primer trabajo.



Comencé a trabajar aquella misma noche. Me sentía bien, y todo marchaba de maravilla. Pero sucedió que, justo cuando pasaron doce días, me enteré de que mi hermano estaba tonteando desde hacía tiempo con una compañera de trabajo. No estaba bien con su pareja; él se sentía confundido y no sabía qué hacer. Al final dejaron la relación, y él la acompañó a su casa con todas sus cosas. Cuando volvió, estaba muy serio y frío conmigo. Me pidió mi opinión, y le dije que era una buena chica y que él sabría lo que tenía que hacer. En ese mismo momento, me cogió del cuello y me estampó contra la pared. Yo no daba crédito a lo que sucedía, pero no tenía a dónde ir. Él se marchó a trabajar, y allí mismo comencé a escribir todo lo que sentía. Cuando volvió por la noche leyó todas mis palabras y la cosa fue a peor. Me dijo que tenía que marcharme, que me fuera. Yo me fui a trabajar, y cuando volví al día siguiente me encontré a mi hermana Carmen, que había venido a buscarme para llevarme de vuelta a Granada.

Gané unas veinte mil pesetas en aquel entonces. Cogí mis cosas y me marché obligado, de vuelta al pueblo con mi hermana Carmen. Yo no quería ni verla, porque me falló; así que fuimos todo el camino sin hablar. Cuando llegamos a Calahonda, yo pensaba que mi madre se disculparía conmigo por aquel momento en el que me molió a palos. Pero no fue así. Justo cuando entraba por la puerta, mi madre me cogió y me dio tal